

Cincuenta números UNA pta.

Redacción y Administración: PLAZA DE LOS TRES REYES, 2

No se devuelven los originales

A NUESTROS FAVORECEDORES
Cumpliendo con un deber de gratitud, quedamos sumamente reconocidos a todas cuantas personas contribuyen para la publicación de este Semanario, deseándoles felices Pascuas y mejor entrada de año.

Es necesario

No sabemos si obedecerá a este clima semicálido en que la pereza, la inercia y la apatía sientan sus reales en cada individuo; no podemos preñjar si esta indiferencia que se adueña de consuno en cada cartagenero es arrastrada por funesta tradición; no nos es dable señalar cual es la causa que produce efectos tan desastrosos en nuestros ideales santos del catolicismo, pero para fomentar las prácticas religiosas, para hacer buenos católicos prácticos, creemos se hace preciso, indispensable y de urgente necesidad, llevar al convencimiento de la clase menesterosa, que los ricos, los de grandes capitales no se desdennan con el trato de los de abajo como se pretende hacer ver, antes por el contrario anhelan tender su mano protectora al desvalido, socorrerle con esplendidez, enjugar sus lágrimas y compartir con ellos sus penas y aflicciones, consolándoles con amables palabras salidas del fondo de su corazón sano, caritativo y humanitario.

Los de acomodado vivir, todos, absolutamente todos, deben tener presente que gimen en la miseria más horripilante hermanos suyos, si no los ven, búsquelos, que por desgracia muchos hay, y con ese arranque noble y desinteresado, peculiar de almas grandes, sustentadas con las loables doctrinas de Cristo Dios cuyo nacimiento hoy celebramos, protéjanlos, y la caridad practicada en sus diversas manifestaciones en corazones torturados por la amargura de un vivir de privaciones y miserias, transformará la conducta de esos indigentes, rectificarán la apreciación que tienen formada de los capitalistas, y el amor a sus semejantes renacerá en los pechos adormecidos por las pesadumbres que la miseria aporta al sujeto paciente.

¡Caridad, Caridad! Santa palabra; el que a ti poseo, desecha diferencias de clases, rencillas y odios, mide a todos por igual, no hay muralla ni valladar que le contenga para enjugar una lágrima al afligido por cruentas luchas, ni para socorrer al que desvalido se encuentra. ¡Caridad! Tres sílabas que encierran todo un poema de amor; ante ti deponen los más avanzados el espíritu su actitud meléfica y destructora; bajo tu manto haces homogéneos todos los pensamientos y decires, se deponen agresivos caracteres, haces que se amen unos y otros con el ahinco pro-

pio de una madre a su hijo, eres la que haces brotar la primera lágrima de un corazón arrepentido y aunas é indentificas a las personas que discurrían por extraviado sendero.

¡Caridad! Acércate a los corazones que ó no te conocen ó te han olvidado; obligales a que te practiquen y cuando así sea, el desprecio iracundo que hoy sienten los afligidos por terribles situaciones económicas hacia aquellos que pudiendo no les remediaban, al ver ese cambio, al obtener protección, el agradecimiento, fibra que mora en el corazón del pobre, se adueñará de éste y la más estrecha unión de tan opuestas clases hoy, reinará en la sociedad.

Que se practique la Caridad en la forma expuesta es necesario, urgente.
EL MARQUÉS DE CANALES

Yo, Arzobispo—ha dicho el Cardenal Morúa—retrasaría la construcción de una iglesia para atender a la fundación de un periódico católico.

Dos patriotismos

Vivimos en el país de los patriotismos. Quien más quien menos, todos los españoles sentimos correr por nuestras venas oleadas de sangre calificada por el santo amor al país que fué nuestra cuna.

No hay, no existe seguramente en esta nación tan vejada y escarnecida por propios y extraños, un solo indigente que no ponga en sus labios a las primeras de cambio, como intencito de su conversación é de su discurso, este precepto que compendia un conjunto de amores, de sentimientos indefinibles. Pero el patriotismo se entiende por buena parte de los españoles, precisamente los que más gallean de patriotas, de una manera tan equivocada, como vituperable. Oídlos: sus labios barbotan censuras, rugen amenazas, escupen revoluciones; pero no modulan nunca la sabiduría que tantas veces sería justa, no se entrecierran para dejar pasar el juicio sereno y placentero solo con ser justo; no crean fajas, sólo deshacen horas.

Y éstos creen hacer patriotismo; pero no, así no se hace patria. Así se hacen odios, malas pasiones que destruyen la patria misma.

Yo, cuando veo en los discursos de los radicales, en los periódicos que ellos publican la amenaza como bandera y la excitación al atentado como arma de combate, colaborando en la labor de los anarquistas que destruyen vidas y haciendas, pienso con terror, en la herencia que legaremos a nuestros descendientes, una herencia de encoñes, de rabias desbordadas, de ferocías que arrasan. Porque la lucha de clases

que ha existido siempre, contenida por el mutuo respeto ó por la conveniencia misma, ya que no por amor al semejante, se convertirá en luchas de hordas salvajes, en batalla de fieras, en combate carnicero. Y esto lo hacen invocando siempre—¡horrible ironía!—invocando siempre como suprema razón la del patriotismo.

Para otros el patriotismo es algo más grande, más consolador, más confortable. No hace mucho presentáronse en el Senado dos humildes religiosos con motivo de una información política. Eran dos Misioneros Hijos del Inmaculado Corazón de María cuya vida deslizase lejos de la madre patria, aunque en la patria misma: en las posesiones españolas de Fernando Poo y sus dependencias.

Marchó a aquella una representación de este Instituto religioso en el año 1882 para civilizar a los salvajes haciéndolos buenos católicos y buenos españoles, útiles a la patria.

Han transcurrido 28 años y al cabo de ellos ofrecen al Estado español, impotente en aquella fecha para realizar tal obra de civilización, como impotente fué para conservar las colonias americanas, asiáticas y oceánicas, una posesión civilizada y amante de España, enriquecida por los pueblos que se han creado, por el fomento de la industria y del comercio, conservada en toda su integridad a pesar de los ataques que intentaron algunas naciones extranjeras.

¿Cómo se ha hecho el milagro? Con el sacrificio, muriendo como han muerto por amor a la idea patriótica 120 misioneros, brotando en el alma de los indígenas para sustituir con amor, las celdas que las pasiones selváticas llenaban; viviendo para ellos a fin de que después ellos vivan para la patria, haciendo que se amasen, y no fomentando en sus almas muertas los recelos, las pasiones, los odios y las venganzas.

Así han hecho esos misioneros un rincón de patria donde se vuelven los ojos con envidia, porque más vale la tierra virgen que se convierte en cultivable, que la cultivada que degenera en estéril.

Pensemos un poco en el anverso y reverso de esta medalla que manos pecadoras pretendieron forjar para exhibirla y si el pensamiento muéstrase lúcido y desprovisto de oscuras, cabe preguntar: ¿cuál es el mejor patriotismo; el que hace patria ó el que la destruye?

Pensemos un poco, unos instantes no más. Examinemos la labor de los que ondean como bandera la amenaza, de los que esgrimen como arma de combate la excitación al atentado, aplau-

diendo, si no expresan, fácilmente al menos, la de los anarquistas y detengámonos ahora en lo que han hecho los misioneros a que me he referido para después preguntar:

¿Quiénes son los que reúnen más méritos para su expulsión del territorio?

La respuesta no parece muy dudosa.
ANTONIO ARMENTA

Somos Católicos netos y como tales no servimos ni de defensores ni de ofensores de ningún caudillo, únicamente como CARCAS defendémoslos a capa y espada nuestros ideales cristianos, procurando a la vez a los obreros enseñar el camino que conduce a la emancipación de los falsos redentores y embaucadores funestos.

Semblanza del niño Dios

Mirad en la cuna al Niño pobremente reclinado; es más blanco que el armiño y está pidiendo cariño su bello rostro adorado. Sus cabellos de oro son, que vibran con resplandores, y es su lloro una oración que embelesa a los pastores y les roba el corazón. Su cabeza nazarena, que no aja el rigor del hielo, es una linda azucena, y es un pedazo de cielo su frente clara y serena.

Sus labios son de coral, sus cejas iris de amor; su garganta es un rosal y su boca es una flor de un aroma celestial.

Son sus ojos dos líquidos que en derredor de la cuna, reverberan placenteros eclipsando a los ligeros resplandores de la luna.

Besa el Niño un aura leve, blanca es la gasa que cubre su pecho como la nieve y por un lado descubre la cuna que se mueve.

Tiene en sus manos divinas, que bordaron de la luz las bellotas perfrías, una corona de espigas y una misteriosa cruz.

En su hermosa cabellera cerco de luz resplandece como mágica luzbrera, y aquel recinto parece una eterna primavera.

Tu tetrato celestial me arrebató de placer... ¡oh dulce majal, haz que un día logre ver el Divino Origen!

PEDRO GOSSEVADO

Saetazos

Por lo visto, a estos satélites de la Tierra que se amparan en cualquier Baluarte de papel de... estraza, se le agüñan los dedos huéspedes.

Si nos habrán tomado a nosotros por